

# 4 futuro anterior

## Revueltas campesinas, milenarismo y anarquismo en la obra de Eric Hobsbawm

Michael Löwy

*[El gran historiador británico Eric Hobsbawm murió en octubre de 2012. Colaborador hasta 1991 de la revista Marxism today, trabajó toda su vida por una comprensión materialista de la historia de las sociedades humanas. En este texto, inicialmente publicado en el número 16 de Contretemps, Michael Löwy examina los análisis que Eric Hobsbawm propuso sobre las revueltas milenaristas y anarquistas en las sociedades campesinas, comprendidas como auténticos movimientos de protesta contra las relaciones capitalistas de producción].*

Con la muerte de Eric Hobsbawm (1917-2012) desaparece uno de los más grandes historiadores del siglo XX, y uno de los raros que no dejó, a lo largo de toda su carrera, de reclamarse del marxismo. Ciertamente, permaneció vinculado al movimiento comunista oficial y su crítica del estalinismo fue tardía e insuficiente. Pero su obra no puede ser encerrada en los límites estrechos del “marxismo” soviético. No es por casualidad si los colegas que eligió para organizar una amplia Historia del marxismo en varios volúmenes —que sigue sin ser traducida al francés— fueron tres historiadores comunistas italianos (Ernesto Ragioneri, Vittorio Strada, Corrado Vivanti) y dos marxistas antiestalinistas (Franz Marek y Georges Haupt).

Eric Hobsbawm es sobre todo conocido por las grandes obras que reúnen, en una extraordinaria síntesis, la historia moderna: *La era de las revoluciones*, *La era del capital*, *La era del imperio*, *La era de los extremos*. Además de la calidad de su escritura, esos libros se distinguen por la riqueza del planteamiento, que asocia, en un mismo movimiento, las dimensiones económicas, sociales, políticas y culturales del proceso histórico. Pero existe toda una porción de su obra, en particular entre 1959 y 1969, que tiene que ver con otro planteamiento: el análisis de movimientos de revuelta, en particular campesinos, de naturaleza milenarista y “primitiva”. Esos escritos impresionan por su carácter innovador, imaginativo, sensible a la subjetividad de los actores sociales, y por su atención a movimientos a menudo considerados como “marginales”. Por su

espíritu irreverente, son trabajos que, por citar a Walter Benjamin, “cepillan la historia a contrapelo”.

Eric Hobsbawm, el más inglés de los judíos alemanes nacidos en Egipto, era un hombre de las Luces: ¿no definió el socialismo como el último y el más extremo descendiente del racionalismo del siglo XVIII? (Hobsbawm, 1959, p. 126). No es por tanto extraño que la distinción entre “moderno” y “primitivo” o “arcaico” ocupe un lugar importante en sus trabajos/1. Sin embargo, si se examinan las tres obras de los años 1959-1969 dedicadas a las llamadas formas arcaicas de revuelta, resulta que su planteamiento se distinga de forma llamativa de la vulgata “progresista” por su interés, su simpatía, su fascinación incluso —son sus propios términos— por movimientos “primitivos” de resistencia y protesta antimoderna (anticapitalista) de los campesinos. Se trata de *Primitive Rebels* (1959), *Bandits* (1969) y *Captain Swing* (1969)/2.

Esta actitud —a la vez metodológica, ética y política— implica una toma de distancia respecto a una cierta historiografía, que tiende —a causa de lo que denuncia como una deformación (*bias*) racionalista y “modernista”— a descuidar a estos movimientos, considerándolos como raras supervivencias o fenómenos marginales. Sin embargo, insiste Hobsbawm, esas poblaciones “primitivas”, en particular rurales, son aún hoy —eso quiere decir en los años 1950— la gran mayoría de la nación en la mayor parte de los países del mundo. Además, y esto es el argumento decisivo para el historiador, “es su adquisición de conciencia política lo que ha hecho de nuestro siglo el más revolucionario de la historia” (Hobsbawm, 1959, pp. 2-3). En otros términos: este tipo de movimiento, lejos de ser marginal, está en la fuente o en la raíz de los grandes vuelcos revolucionarios del siglo XX, en los que los campesinos y las masas pobres del campo tuvieron un papel decisivo: la Revolución mexicana de 1911-1919, la Revolución rusa de 1917, la Revolución española de 1936, la Revolución china y la Revolución cubana... La idea es solo sugerida por Hobsbawm, que no se ocupa directamente de ninguno de esos acontecimientos, pero constituye una especie de segundo plano de sus investigaciones sobre los “primitivos”/3.

---

1/ NB: Si pongo sistemáticamente entre comillas las palabras “primitivo” o “arcaico” —lo que no es siempre el caso de Eric Hobsbawm— es para indicar una cierta distancia crítica hacia términos que son útiles pero no obstante están bastante marcados por una visión evolucionista o “modernista” de la historia.

2/ No me ocuparé aquí de los trabajos de Eric Hobsbawm sobre el campesinado publicados durante los años 1970 e incluidos en la notable recopilación *Uncommon People*, N.York: The New Press, 1998. Su problemática es diferente, y no se refieren (o poco) a los dos aspectos que me interesan en el presente artículo: la resistencia al capitalismo y el milenarismo revolucionario.

3/ Desgraciadamente, esta pista no es seguida por Hobsbawm en su historia del siglo XX: muestra de forma muy pertinente cómo el proceso de modernización conduce, tras la Segunda Guerra Mundial, a un espectacular declive del campesinado, pero no plantea la cuestión de las resistencias campesinas a ese declive y no examina de forma más sistemática el papel de las capas campesinas “primitivas” en los grandes movimientos revolucionarios del siglo (Hobsbawm 1994, pp. 289-294).

En las notas que siguen intentaré sistematizar una reflexión que está más bien de forma fragmentaria y diseminada en los estudios de casos concretos que constituyen el trabajo del historiador.

Para comprender esas revueltas, observa Hobsbawm, hay que partir de la constatación de que la modernización, la irrupción del capitalismo en sociedades campesinas tradicionales, la introducción del liberalismo económico y de las relaciones sociales modernas significa para ellas una verdadera catástrofe, un auténtico cataclismo social que las desarticula completamente (*out of joint* es el término inglés intraducible). Ya sea esta llegada del mundo capitalista moderno un proceso insidioso, realizado por fuerzas económicas que los campesinos no comprenden, o bien una irrupción brutal, por conquista o cambio de régimen, es percibido por ellos como una agresión mortal a su modo de vida. Las revueltas campesinas de masas contra este nuevo orden vivido como insoportablemente injusto están abiertamente inspiradas por la nostalgia del mundo tradicional, de “los buenos viejos tiempos” —más o menos míticos— y toman la forma de una especie de “ludismo político” (Hobsbawm, 1959, pp. 3, 67, 119).

Por ejemplo, las epidemias de bandidismo social son en gran medida la reacción de las comunidades campesinas ante la destrucción de su modo de vida por el mundo moderno. En cuanto al poderoso auge del anarquismo rural en Andalucía en el siglo XIX —uno de los más impresionantes movimientos de “milenarismo revolucionario” (volveremos sobre ello)— hay que comprenderlo como una reacción de los campesinos a la introducción de las relaciones sociales y legales capitalistas en su región (Hobsbawm, 1972, pp. 15, 82-83). Pero el caso de resistencia rural anticapitalista que Hobsbawm ha estudiado de la forma más sistemática es la revuelta de los trabajadores agrícolas ingleses en 1830, un movimiento de protesta de masas, utilizando métodos “arcaicos” —incendios de graneros, destrucción de máquinas—, que se reclamaba de un mítico “Capitán Swing”. En el libro que le dedicó, en colaboración con su amigo Georges Rudé, a esa rebelión duramente reprimida por las autoridades —19 ejecuciones, 481 deportaciones a Australia y 644 condenas a duras penas de prisión, para una revuelta que destruyó propiedades, pero no causó ninguna muerte entre sus enemigos—, caracteriza el movimiento como una resistencia improvisada, espontánea, “arcaica”, a la lógica del mercado, en pleno triunfo del capitalismo rural. No es por casualidad si las regiones del país más avanzadas desde el punto de vista de la mecanización de la producción y del desarrollo de una agricultura comercial —como East Anglia— fueron los principales epicentros de la revuelta (Hobsbawm, Rudé, 1969, pp. 15, 16, 19, 83)/4.

---

4/ Todos los pasajes citados, como los siguientes, se refieren a los capítulos del libro redactados por Hobsbawm, en la división del trabajo con su colega Rudé indicada en el prefacio. Es evidente que la Inglaterra de los años 1830 representaba un grado bastante más avanzado en la modernización de la agricultura y el desarrollo del capitalismo rural que las regiones del sur de Europa donde los fenómenos de bandidismo social conocieron su auge principal.

Es difícil encontrar palabras, escribe Hobsbawm, para describir la degradación social de los trabajadores rurales ingleses como consecuencia del advenimiento, durante los años 1750-1850, de la sociedad industrial. Una a una, “con la inevitabilidad de un drama trágico”, las defensas del trabajador agrícola contra los males tradicionales de la pobreza —enfermedad, vejez, paro— le fueron quitadas y perdió lo poco que como derechos tradicionales y seguridad tenía aún. Gracias a nuevas medidas establecidas a partir de 1795 —el célebre “sistema de Speenhamland”— los salarios disminuyeron progresivamente, para ser reemplazados por la atroz “caridad” de las *Poor Laws*, con sus reglas humillantes, degradantes y repugnantes. Los obreros agrícolas se encontraron encerrados en un contexto económico y social más duro, desigualitario e inhumano que en el pasado. Fue, pues, una sombría acumulación de rabia, de odio, de resentimiento y de desesperación lo que provocó la explosión social de 1830 (Hobsbawm, 1959, pp. 52, 75, 76)/5.

En este contexto, es comprensible que la revuelta del “Capitán Swing” fuera, en gran medida, inspirada por la nostalgia del pasado, la defensa de los derechos consuetudinarios de las capas pobres rurales, y el deseo de restaurar el orden tradicional que las garantizaba; en este sentido el movimiento era, según Hobsbawm, una especie de “manifiesto general del pasado contra el porvenir” (contra el presente sería más preciso, me parece) (Hobsbawm, Rudé, 1969, p.16).

Sin embargo, rechazando seguir una cierta tradición “modernista” —tanto liberal como de izquierdas— el historiador no caracteriza en absoluto a este movimiento como “reaccionario”. Lejos de condenarlo por *passeisme* [excesiva añoranza por el pasado, NDT] atribuye su fracaso a que no pudiera extenderse a los medios urbanos: “Quizá la mayor tragedia de “Swing” fue que no logró jamás articularse con la rebelión de la mina, de la fábrica y de la ciudad” (Hobsbawm, Rudé, 1969, p.19).

Incluso el acto por el cual la revuelta entraba directamente en contradicción con el progreso tecnológico, la destrucción de las máquinas de cribar (*threshing machines*) —el género de prácticas despreciadas por los historiadores presos del fetichismo de las “fuerzas productivas”— le parece social y humanamente comprensible. Esas máquinas, que quitaban a los trabajadores agrícolas su principal ocupación durante los largos y difíciles meses de invierno, condenándoles al paro y al hambre, eran para ellos “una tragedia incalificable” y el símbolo mismo de su miseria. De ahí la hostilidad universal, el odio general a esta herramienta mecánica que fue masivamente destruida, a golpes de martillo y de barra de hierro, por los “Swing”. Más que denunciar esos actos

---

5/ El análisis de Hobsbawm debe mucho a la obra de Karl Polanyi, *The Great Transformation* (1944) a la que rinde homenaje en una nota —p. 54— saludando “ese brillante libro que injustamente no ha sido suficientemente tenido en cuenta”.

como “arcaicos” o “irracionales”, Hobsbawm —que reconoce que “el historiador de este levantamiento ha sido fascinado, emocionado y conmovido por su tema”— considera la destrucción de las máquinas de cribar y su neutralización parcial durante algunas decenas de años como ¡el resultado más eficaz de la revuelta! Constatando la superioridad, desde este punto de vista, del “Capitán Swing” sobre el “Rey Ludd” concluye así su balance histórico de los acontecimientos de 1830: “las máquinas de cribar no volvieron a la antigua escala. De todos los movimientos de destrucción de máquinas del siglo XIX, el de esos trabajadores rurales débiles (*helpless*) e inorganizados se reveló de hecho el más eficaz” (Hobsbawm, Rudé, 1969, p. 298)/6.

Lo que vale para los “Swing” se aplica también a otros movimientos de “ludismo político”, de revolución tradicionalista contra “lo que el mundo exterior (...) llama “el progreso”, como los levantamientos campesinos en Rusia o en Italia del Sur, en nombre del Zar o de los Borbones (Hobsbawm, 1959, pp. 18-19).

¿Esos movimientos ponen en cuestión el orden establecido? Llegamos aquí a una de las principales cuestiones que preocupan a Eric Hobsbawm: ¿en qué condiciones y bajo qué formas la revuelta “primitiva” puede transformarse en movimiento revolucionario?

En el caso del bandidismo social, el paso es difícil. Los movimientos por la independencia nacional son más comprensibles para la cultura política arcaica de los bandidos sociales que los movimientos revolucionarios modernos que no son únicamente dirigidos contra una potencia extranjera. Ocurre sin embargo, como en el caso de la Revolución mexicana de 1911-1919, que los dos mundos se juntan: “El gran Pancho Villa, el formidable general de los ejércitos revolucionarios, fue inducido a la revolución mexicana por hombres de Madero. De todos los bandidos profesionales del mundo occidental, fue quizá él quien tuvo la más hermosa carrera revolucionaria” (Hobsbawm, 1959, pp. 104-106)/7.

De todas las formas de revuelta “primitiva”, los movimientos milenaristas parecen ser, a ojos del historiador, los más aptos para volverse revolucionarios. Existiría entre milenarismo y revolución una especie de “afinidad electiva” —es mi terminología y no la de Eric Hobsbawm— (Lowy, 1988), una analogía estructural: “La esencia del milenarismo, la esperanza en un cambio

---

6/ Muchos años antes que su colega E.P. Thompson, Eric Hobsbawm había tomado la defensa de los Luditas y otros “rompedores de máquinas” contra los ataques inspirados por “la apologética económica de las clases medias”. Cf. “The Machine Breakers” (1952) en *Uncommon People*, pp. 5-17.

7/ Curiosamente, E. Hobsbawm no parece interesarse en el otro gran revolucionario mexicano: Emiliano Zapata. Su nombre no figura en *Primitive Rebels*. Le mencionará más tarde, en el artículo de 1973 sobre los campesinos y la política, pero me parece que subestima mucho el alcance de ese movimiento campesino milenarista y revolucionario, al escribir que “la influencia política del programa agrario de Zapata resulta del hecho de que sus tropas campesinas estaban suficientemente cercanas como para ocupar la capital (de México)”.

“Gracias a la problemática del milenarismo, la historiografía de Eric Hobsbawm integra toda la riqueza de la subjetividad sociocultural, la profundidad de las creencias, sentimientos y emociones en su análisis de los acontecimientos históricos”

completo y radical del mundo que se traducirá en el milenio, un mundo librado de todos sus defectos actuales, no está limitada al primitivismo. Está presente, casi por definición, en todo movimiento revolucionario, de la especie que sea, y elementos “milenaristas” pueden ser descubiertos por el investigador en cualquiera de ellos, en la medida en que tiene ideales”. Los movimientos milenaristas arcaicos en Europa tienen, añade, tres rasgos característicos: 1) el aspecto revolucionario, es decir el rechazo profundo y total del mundo nefasto (*evil*) existente y la aspiración apasionada por otro diferente, mejor; 2) una ideología de tipo “quiliásmica”, generalmente de inspiración mesiánica judeo-cristiana; 3) una indefinición fundamental sobre los medios para realizar la nueva sociedad (Hobsbawm, 1959, pp. 17-18)/8.

Gracias a la problemática del milenarismo, la historiografía de Eric Hobsbawm integra toda la riqueza de la subjetividad sociocultural, la profundidad de las creencias, sentimientos y emociones en su análisis de los acontecimientos históricos, que no son ya, en esta perspectiva, percibidos simplemente como productos del juego “objetivo” de las fuerzas económicas o políticas. Esta apertura a la dimensión subjetiva se traduce también por el hecho de que el análisis en términos de clases sociales no elimina el lugar irreductible de los individuos —tanto célebres como desconocidos— a los que el historiador da a menudo la palabra.

Distinguiendo cuidadosamente los milenarismos primitivos de los revolucionarismos modernos, no por ello insiste menos en su parentesco (o afinidad) electiva: “Incluso los revolucionarios modernos menos milenaristas tienen en sí mismos un rasgo (*streak*) de “imposibilismo” que hace de ellos primos de los taboritas y de los anabaptistas, un parentesco que no han negado nunca” (Hobsbawm, 1959, p. 64.)/9.

Esto no quiere decir que “todos” los movimientos revolucionarios sean milenaristas en sentido estricto o, peor aún, remitan a un quiliasmo de tipo primitivo/10. E inversamente, todo movimiento milenarista no es necesariamente revolucionario, como por ejemplo la agitación mesiánica alrededor del profeta —de inspiración joachimita

8/ Las demás religiones, en la medida en que consideran el mundo como estable o cíclico, son menos favorables al auge del milenarismo.

9/ ¿De donde viene el interés de Eric Hobsbawm por el milenarismo, en sus escritos de finales de los años 1950? En una entrevista que le hicimos el 20/03/1982, sugería tres explicaciones posibles: “Es quizá a causa de mi participación en un movimiento revolucionario. Era por otra parte la época del XX congreso del PCUS y se sentía una necesidad de balance general, de puesta en cuestión. En fin, estuve influido por antropólogos que trabajaron sobre ese tema, en particular Max Glucksmann y sus discípulos como Peter Worsley, que era, entonces, mi camarada de partido”.

10/ Hobsbawm se disocia aquí del trabajo de Norman Cohn *The Pursuit of the Millennium* (1957), a quien acusa, no sin razón, de borrar —con una intención política evidente— toda diferencia entre los dos.

[por Joachim de Flore, NDT]— Davide Lazzaretti en Toscana alrededor de los años 1870, estudiado por Hobsbawm en *Primitive Rebels* (Hobsbawm, 1959, pp. 68-73).

Así y todo: la afinidad entre los dos no deja de ser un dato fundamental en la historia de las revueltas campesinas contra la modernización capitalista. Se trata, me parece, de una de las hipótesis de investigación más interesantes esbozadas por Hobsbawm en sus trabajos de esa época. Va a ilustrar su propósito con dos estudios de casos absolutamente apasionantes: el anarquismo rural en Andalucía y las ligas campesinas de Sicilia, ambos originarios de finales del siglo XIX con prolongaciones en el siglo XX.

El anarquismo agrario español es quizás “el ejemplo más impresionante de movimiento moderno de masas milenarista o casi milenarista”. Por su revolucionarismo sencillo, por su rechazo total y absoluto de este mundo perverso y opresivo, por su fe absoluta en el “gran cambio”, en el advenimiento de un mundo de justicia y libertad, ese movimiento comunista libertario —que correspondía de forma turbadora (*uncanny*) a los sentimientos y aspiraciones espontáneas de los campesinos andaluces y a su rechazo al nuevo orden capitalista— era “utópico, milenarista, apocalíptico” (Hobsbawm, 1959, pp. 83-90).

La actitud del historiador ante los anarquistas andaluces está tintada de ambivalencia. De un lado no oculta su admiración por su energía social, su fervor apasionado, su creencia en la educación, la ciencia y el progreso, su sed de conocimientos —¡incluso a lomos del burro, el militante continuaba leyendo, dejando la brida sobre el animal!— su ideal sencillo y grandioso de una sociedad justa y libre, y, sobre todo, su espíritu de solidaridad internacionalista, que hacía al “zapatero de un pequeño pueblo de Andalucía consciente de tener hermanos que luchaban por la misma causa en Madrid y en Nueva York, en Barcelona y en Livorno o Buenos Aires”. Incluso sus levantamientos “mesiánicos” cada diez años, siempre condenados al fracaso, debido a su aislamiento, eran quizá “en las circunstancias dadas solo la menos desesperada de las técnicas revolucionarias disponibles”. En definitiva, el anarquismo andaluz es un fenómeno que no puede sino ser “intensamente conmovedor para cualquier persona que se interese por el destino del ser humano” (Hobsbawm, 1959, pp. 82-90, 107).

Piensa sin embargo —y aquí es evidentemente el comunista inglés quien habla— que debido a la ausencia de organización, estrategia, táctica y paciencia, “sus energías revolucionarias fueron casi enteramente desperdiciadas”. Este juicio sumario es en parte desmentido por la constatación, algunos párrafos más arriba, de que, una vez dadas las condiciones, como en julio de 1936, los pueblos anarquistas fueron claramente capaces de llevar a cabo “una revolución clásica”, “tomando el poder de las manos de las autoridades locales, de los policías y de los propietarios de la tierra” (Hobsbawm, 1959, pp. 90-91)/11.

---

11/ Curiosamente, el historiador no menciona la experiencia de las colectividades agrarias libertarias en 1936-37. En otros textos de los años 1966-1969 Hobsbawm se ocupó del anarquismo, expresando su admi-

La prueba de su ineficacia y de su carácter irremediamente premoderno es que, según el historiador, “en la derrota el anarquismo es impotente”. En Andalucía solo los comunistas fueron capaces de organizar una actividad ilegal y núcleos de resistencia armada, tras la Guerra Civil o a partir de 1944-1946 (Hobsbawm, 1959, 91-92).

Este balance un poco unilateral es puesto en cuestión por la existencia de grupos de guerrilleros anarquistas, en particular en Cataluña; es el caso, por ejemplo, del que hubo —es cierto en un contexto urbano y no rural como en Andalucía— bajo la dirección del militante libertario Franciso Sabaté Llopart, “Quico”, un antiguo miembro de la 26.<sup>a</sup> División Durruti, que realizó, de 1945 a 1960, espectaculares acciones clandestinas en Barcelona: “expropiaciones” de bancos, ataques contra la policía, etcétera/12.

Es con ocasión de este estudio de caso de un “expropiador” revolucionario catalán cuando Hobsbawm esboza un balance diferente del movimiento anarquista que, aun guardando una distancia crítica, no deja de ser un homenaje caluroso, que tiene pocos equivalentes bajo la pluma de un historiador comunista: los militantes libertarios catalanes, escribe,

estaban empujados por la “idea” del anarquismo, el sueño intransigente y loco que compartimos todos, pero que pocos hombres, aparte de los españoles, han intentado jamás realizar, aun a costa de correr el riesgo de una derrota total y de reducir el movimiento obrero a la impotencia. Su mundo era el mundo en que los hombres están dirigidos por las puras exigencias de la conciencia moral; en donde no hay ni pobreza, ni gobierno, ni prisiones, ni policías, y en el que no hay otra obligación y disciplina que las dictadas por la luz interior; en donde no existen otros lazos sociales que los de la fraternidad y el amor; en donde no hay ni mentiras, ni propiedad, ni burocracia (Hobsbawm, 1972, p. 114).

¿Hay que ver en este homenaje sorprendente la influencia sobre el historiador del espíritu de Mayo del 68 (el libro fue publicado en 1969)?

El otro movimiento milenarista revolucionario estudiado por Hobsbawm es el de las ligas campesinas de Sicilia, que presenta a sus ojos un carácter

---

ración, pero sobre todo sus reservas y sus críticas. A pesar de su convicción de “la ineficacia” de las prácticas anarquistas, no deja de rechazar los ataques estalinistas contra las ideas libertarias durante los años 1930, en el contexto de los enfrentamientos en España, que atribuye a “una tentativa de dar una legitimidad teórica al desarrollo estalinista de un estado dictatorial y terrorista” (“Bolshevism and the Anarchists”, 1969, en *Revolutionaries*, Nueva York: Meridian Books, 1975, p.70).

12/ La historia de este grupo y de su principal animador está contada en detalle por el historiador Eric Hobsbawm en su libro *Bandits*. A la vez que critica su falta de realismo, el autor está literalmente fascinado por “Quico” Sabaté, la “figura legendaria”, el “héroe trágico” muerto en 1960, en un último combate con la policía de Franco. No le dedica menos de 15 páginas —en un pequeño libro que no tiene más que 145 en la edición francesa—. Curiosamente, ese capítulo no contiene prácticamente ninguna nota a pie de página: es evidente que Eric Hobsbawm ha reconstituido la biografía de su personaje mediante una minuciosa investigación personal entre antiguos camaradas y amigos de “Quico”, exiliados en Francia. Para el historiador, quien por decirlo así le ha salvado del olvido, Francisco Sabaté “permanece presente en nuestra memoria en compañía de otros héroes, y es justo que sea así” (Hobsbawm, 1972, pp. 113-128).

ejemplar, en la medida en que se trata de un movimiento agrario “primitivo” que se vuelve “moderno”, por la adhesión al socialismo y el comunismo. Como en Andalucía, que presenta con Sicilia parecidos sorprendentes, los campesinos se rebelaron, a finales del siglo XIX, contra la introducción de las relaciones capitalistas en el campo —cuyas consecuencias fueron agravadas por la depresión agraria mundial de los años 1880—. El movimiento tomó forma con la fundación y la expansión de las ligas campesinas, generalmente bajo dirección socialista, seguidas de disturbios y huelgas, a una escala que asustó al gobierno italiano, llevándole a utilizar las tropas para aplastar el peligro (Hobsbawm, 1959, pp. 96-97)/**13**.

Este movimiento era “primitivo” y milenarista en la medida en que el socialismo predicado por las ligas era, a ojos de los campesinos sicilianos, una nueva religión, la verdadera religión de Cristo —traicionada por los curas aliados a los ricos— que anunciaba el advenimiento de un mundo nuevo, sin pobreza, hambre ni frío, según la voluntad de Dios. Cruces e imágenes santas eran llevadas en sus manifestaciones, y el movimiento, que contaba con una participación importante de mujeres, se extendió, en 1891-1894, como una epidemia: las masas campesinas eran levantadas por la creencia mesiánica de que la irrupción de un nuevo reino de justicia era inminente. Al mismo tiempo, como muestran innumerables testimonios —por ejemplo las impresionantes declaraciones de una mujer campesina del pueblo de Piana dei Greci (reproducidas entre los documentos que van como anexos al libro)— “no había duda de que lo que los campesinos querían era una revolución, una sociedad nueva, justa, igualitaria y comunista” (Hobsbawm, 1959, pp. 98-101).

A pesar de la derrota en 1894, gracias a las prácticas organizativas modernas de los socialistas, movimientos campesinos permanentes pudieron ser constituidos en ciertas regiones de Sicilia, cuya herencia recibió, tras la Gran Guerra, el movimiento comunista. La historia del pueblo de Piana dei Greci ilustra esta continuidad: epicentro de las revueltas a finales del siglo XIX es, aún en los años 50 del siglo XX, un bastión comunista: “su entusiasmo milenarista originario se había metamorfoseado en algo más duradero: una fidelidad permanente y organizada a un movimiento social-revolucionario moderno”. Esta evolución no es a ojos de Hobsbawm un simple reemplazo de lo “arcaico” por lo “moderno”, sino una especie de integración dialéctica —en el sentido del *Aufhebung* hegeliano-marxista— del primero en el segundo: la experiencia de Piana “muestra que el milenarismo no está condenado a ser un fenómeno temporal sino que puede, bajo condiciones favorables, ser el fundamento de una forma de movimiento permanente y extraordinariamente coriáceo y resistente” (Hobsbawm, 1959, pp. 101-105).

---

**13/** Estas organizaciones campesinas eran también llamadas “fasci”, pero para evitar molestas confusiones, prefiero utilizar el término de “ligas”, que aparece también en el texto de Hobsbawm.

En otros términos: el milenarismo no debe ser considerado únicamente como “una conmovedora supervivencia de un pasado arcaico”, sino como una fuerza cultural que permanece activa, bajo otra forma, en movimientos sociales y políticos modernos. La conclusión que propone al final de su capítulo dedicado a las ligas campesinas sicilianas tiene, con toda evidencia, un alcance histórico, social y político más amplio y universal: “cuando es integrado (*harnassed*) a un movimiento moderno, el milenarismo puede no solo convertirse en políticamente eficaz, sino que puede hacerlo sin la pérdida de ese celo, esa fe ardiente en un mundo nuevo, y esa generosidad en la emoción que le caracterizan incluso en sus formas más primitivas y perversas. Nadie puede leer el testimonio de la campesina anónima de Piana y no esperar que su espíritu pueda ser preservado” (Hobsbawm, 1959, pp. 106-107). Esta nota puede ser considerada un poco como la “moraleja de la historia” del conjunto de sus escritos sobre el milenarismo y sobre las revueltas primitivas.

## Conclusiones

Me parece que Eric Hobsbawm abrió aquí una apasionante pista de investigación que merece ser proseguida, no solo por historiadores sino también por sociólogos o antropólogos políticos, estudiando los fenómenos actuales (finales del siglo XX). Citaré solo dos ejemplos de mi propio terreno de investigación como sociólogo interesado por América Latina: el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) de Chiapas (México) y el Movimiento de los Campesinos sin Tierra (MST) de Brasil. Los dos son movimientos campesinos de protesta (y resistencia) contra la modernización capitalista, los dos tienen componentes milenaristas que les acercan a los fenómenos estudiados por el historiador inglés, y los dos son movimientos fundamentalmente modernos por su programa, sus reivindicaciones, sus prácticas y sus formas de organización.

El EZLN nació por la fusión, en las montañas de Chiapas, del guevarismo (que no deja de tener él mismo una dimensión milenarista) de un puñado de militantes urbanos con la revuelta “arcaica” de las comunidades indígenas mayas, y con el mesianismo cristiano de las comunidades de base (fundadas en los años 1970 por el obispo de Chiapas, Samuel Ruiz), bajo la égida suprema de la leyenda milenarista de Emiliano Zapata. El resultado de ese cocktail político-cultural y socio-religioso explosivo ha sido una de las rebeliones campesinas más originales de los años 1990.

El levantamiento zapatista de enero de 1994 estaba ciertamente dirigido contra la opresión secular de los indígenas mayas por las autoridades y por los grandes propietarios de la tierra, pero estaba directamente motivado por las medidas de modernización neoliberal del Gobierno federal: la privatización de las comunidades rurales (ejidos) consagradas por la Revolución mexicana, y el acuerdo de libre comercio con EE UU (ALENA), que amenazaba con la ruina

a la cultura tradicional del maíz de las comunidades indígenas —base, desde hace milenios, de su identidad cultural— abriendo México al maíz transgénico de las empresas norteamericanas del agro-business.

El movimiento zapatista se distingue también por una componente libertaria, que se manifiesta tanto en la autogestión de los pueblos como por su negativa a participar en el juego político e incluso a contemplar la “toma del poder”. Es la razón por la que los movimientos anarquistas o anarco-sindicalistas, que conocen una cierta recuperación de actividad, en particular en Europa del Sur, han hecho de la solidaridad con los insurrectos de Chiapas uno de sus principales ejes de intervención.

En cuanto al MST brasileño, que tiene sus raíces socioculturales en la Pastoral de la Tierra de la Iglesia, las comunidades de base y la teología de la liberación, se caracteriza también por una mezcla sorprendente de religiosidad popular, revuelta campesina “arcaica” y organización moderna, en una lucha radical por la reforma agraria y, finalmente, por una “sociedad sin clases”. Este movimiento, con una fuerte componente emocional, “mística” —es el término que utilizan los propios militantes para designar el estado de espíritu de los participantes— o “milenario” (en el sentido amplio) —el parecido con las ligas campesinas sicilianas de 1890 es impresionante— reagrupa a centenares de miles de campesinos, aparceros y trabajadores agrícolas y se ha convertido actualmente en el más importante movimiento social de Brasil y la principal fuerza de protesta contra la política de modernización neoliberal de los sucesivos Gobiernos brasileños.

Si juzgamos por estos ejemplos, el milenarismo revolucionario —la forma más radical de las resistencias campesinas contra la modernización capitalista— tal como lo estudió Eric Hobsbawm, no es necesariamente un fenómeno del pasado.

**Michael Löwy** es sociólogo y filósofo. Su obra más reciente en castellano es *Ecosocialismo: la alternativa radical a la catástrofe ecológica capitalista* (Ed. Biblioteca Nueva), 2011.

## Bibliografía citada

- Cohn, N. (1957) *The Pursuit of the Millenium*. Oxford University Press.
- Hobsbawm, E. (1959) *Primitive Rebels. Studies in Archaic Forms of Social Movement in the 19th and 20th centuries*. Nueva York: Norton Library.
- (1969) *Bandits*. Londres: Weidenfeld & Nicolson.
- (1975) *Revolutionaries*. Nueva York: Meridian Books.
- (1994) *Age of Extremes. The short twentieth century 1914-1991*. Londres: Penguin.
- (1999) *Uncommon People (Resistance, Rebellion and Jazz)*. Nueva York: The New Press.
- Hobsbawm, E. y Rudé, G. (1969) *Captain Swing*. Londres: Weidenfels and Nicholson.

Lowy, M. (1988) *Rédemption et Utopie. Le Judaïsme Libertaire en Europe Centrale. Une étude d'affinité élective*. París: PUF.

Polanyi, K. (1944) *The Great Transformation*, Boston: Beacon Press.

### Algunas publicaciones de Eric Hobsbawm en español:

*La era del capital, 1848-1875*, Guadarrama, 1977

*Revolucionarios. Ensayos contemporáneos*, Ariel, 1978

*Rebeldes primitivos*, Ariel, 1983

*Política para una izquierda racional*, Crítica, 1993

*Historia del siglo XX*, Crítica, 1998

*La era del imperio, 1875-1914*, Crítica, 1998

*Naciones y nacionalismo desde 1780*, Crítica, 1998

*Sobre la historia*, Crítica, 1998

*Entrevista sobre el siglo XXI*, Crítica, 2000

*Bandidos*, Booket /Ariel 2003

*Los ecos de la Marsellesa*, Crítica, 2003

*Años interesantes*, Crítica, 2003

*La era de la Revolución*, Crítica, 2003

*El optimismo de la voluntad*, Paidós, 2004

*A la zaga*, Crítica, 2006

*Guerra y paz en el siglo XXI*, Crítica, 2007

*Un tiempo de rupturas*, Crítica, 2013